

Un retrato del dinamismo de las artes a través de los Premios ACCA

Pilar Parcerisas

Presidenta de la ACCA

La vitalidad del arte en Cataluña ha cambiado mucho durante los treinta años de existencia de la Associació Catalana de Crítics d'Art, fundada en 1978, fruto del espíritu de la transición democrática y del impulso de tener un instrumento que aglutinara a la profesión desde una perspectiva catalana y autónoma con respecto a las organizaciones estatales. El horizonte estaba en Europa, en la Asociación Internacional de Críticos de Arte (AICA), de la que la ACCA forma parte como sección ACCA-Catalonia.

Las veinticinco ediciones de los Premios ACCA dan fe de la evolución de dichos cambios y constituyen una pequeña historia del arte catalán de las últimas décadas.

Hemos visto, ante todo, la transformación de la institución artística. El crecimiento de la dinámica institucional en un país que hace treinta años apenas tenía museos o centros de arte. Hemos asistido a la consolidación de las galerías de arte y a su especialización en galerías de arte moderno y galerías de arte contemporáneo. Hemos visto aparecer nuevas fundaciones privadas de arte, centros de arte en el territorio, aportaciones que han equilibrado el espacio público de las artes ampliando su papel en la esfera pública. El arte ha gozado de una centralidad y una presencia espectacular en las últimas décadas, nunca antes vista. La labor del crítico actual también ha cambiado y se entiende como algo que va más allá de la escritura, según era tradicional, con el comisariado de exposiciones. El crítico se expresa, por un lado, por medio del comentario, la reseña o la reflexión escrita en la prensa o en publicaciones y, por el otro, bajo la figura del comisario, que desarrolla unas ideas, un discurso activo, una propuesta de exposición a menudo acompañada de una reflexión escrita. Son dos figuras que, aunque a veces coincidan en la misma persona, corresponden a perfiles diferentes.

En los últimos tiempos, la ACCA ha visto como crecía entre sus asociados la figura del comisario de exposiciones dentro de la generación de críticos emergentes, aunque también se ha ampliado el sector de jóvenes historiadores del arte, otro de los perfiles de la asociación, que reúne a los mejores del país.

Tuve el privilegio de ser secretaria de la ACCA cuando se crearon estos premios en 1982, bajo la presidencia de Daniel Giralt-Miracle. Era la primera vez que los críticos se organizaban de manera autónoma, por medio de una asociación propia y sin depender de ninguna asociación estatal, para pronunciarse sobre los acontecimientos

del arte. Lo que empezó como un ensayo general de afirmación ha durado hasta llegar a la vigésimo quinta edición.

Los premios han ido adaptando sus categorías a la dinámica del arte: salas institucionales y museísticas, exposiciones grandes y pequeñas, galerías, espacios alternativos, iniciativas artísticas, libros y ensayos de autor o colectivos... prestando atención al territorio, que siempre ha tenido una presencia destacada en los Premios ACCA.

La evolución de los acontecimientos también ha hecho cambiar los juicios de valor. Siempre se ha premiado desde un criterio abierto y asambleario, en un acto de acción común y compartida, siempre arriesgada y no exenta de polémicas internas porque, ya se sabe que, en los criterios asamblearios, la dificultad de obtener un consenso es mayor que cuando se actúa con jurado restringido.

Pese a ello, y al observar el resultado de las veinticinco ediciones de los Premios ACCA, el retrato de lo sucedido en el arte a lo largo de estos años se ajusta bien a la realidad. Incluso los espacios o iniciativas que fueron premiados en su momento pero que ya han desaparecido aportaron su grano de arena a la construcción del tejido artístico y es bueno que ahora los recordemos. Los Premios ACCA han dejado constancia de todo ello porque han sido un observatorio de las artes, una plataforma donde han convivido lo nuevo y lo viejo, lo grande y lo pequeño, lo radical con lo equilibrado, lo joven con las grandes trayectorias, en una puesta al día de los valores, para que no se olvide que la dinámica del arte en un país la construyen todos los sectores implicados, un entramado de complicidades en el que la crítica es un peón indispensable. A cambio, muy poco. Abandonadas las medallas y trofeos, un simple diploma con el logotipo de Joan Miró que identifica a la ACCA da fe de la voluntad de la crítica de ejercer su mirada sobre el panorama de las artes, año tras año, con estos premios.